

y la presentaron como una ofrenda agradable á su dios Rigast. Apedrearon en Racisburgo al monge Ansuero con muchos religiosos jóvenes discípulos suyos; y temiendo este santo maestro que el espectáculo de su propia muerte desanimase á sus discípulos, logró de los idólatras con otros pretextos ser el último á quien quitasen la vida. Cuando hubieron estos espirado se puso de rodillas, dió gracias á Dios, pidió por sus verdugos, y hecho esto se ofreció á la muerte recibéndola con alegría.

43. Entraron los esclavones despues á sangre y fuego en la provincia de Hamburgo, y arruinaron enteramente la ciudad, cometiendo antes todo género de profanaciones. Destruyeron tambien la grande y opulenta ciudad de Sleswick. Convinieron en fin todos ellos en volver á abrazar el paganismo, resolviendo poner fin á cuantos perseverasen en la fe; y esta fue la tercera apostasia de aquella nacion inconstante y feroz, convertida en primer lugar por Carlo-Magno, despues por la actividad y vigilancia del grande Oton, y la tercera vez por el Príncipe Gotescalco. Pero la fuerza de la gracia supera en mucho la perversidad del hombre, y á los recursos de la Iglesia ceden los esfuerzos del inferno. Veremos á estos esclavones indómitos abrazar otra vez el Evangelio para no abandonarle jamás, y dar egemplos heroicos de firmeza y perseverancia.

44. Verificáronse tambien por el mismo tiempo algunos martirios en Escandinavia, y entre los que padecieron son los mas célebres los Santos Eríco y

Alfardo, en cuyos sepulcros se obraban muchos milagros (1). Habiendo vivido Alfardo mucho tiempo en Noruega con unas costumbres edificantes, murió á manos de sus propios amigos. Eríco, extranjero en Suecia, adonde le habia conducido su celo, fue degollado cuando anunciaba el Evangelio en las provincias mas remotas. El Rey Estenquilo que reinaba á la sazón, era cristiano y estaba dotado de grande piedad; pero se veía precisado á usar de tolerancia, á causa de la grande adhesion que tenia el pueblo á la idolatría, que egercian con imperio y con mucho aparato en Suecia. Tenian en Upsal un templo famoso entre todos los demás, cubierto todo de oro, y donde se veían las estatuas de tres dioses: Thor, el mas reverenciado de los tres, sentado en medio de ellos en un trono, y á los lados Vodan y Friccon: Thor, á quien miraban como el dios del aire y del rayo, de los vientos, de las lluvias, de las estaciones y de los frutos de la tierra, tenia el cetro en la mano, á egemplo de Júpiter de la antigua Roma: Vodan, armado como Marte, era tenido por el dios de la guerra; y Friccon, dios de la paz y de los placeres, estaba representado con la figura y escandalosos atributos de Priapo. Adoraban los suecos tambien á algunos hombres, que juzgaban haber pasado á la clase de los dioses por sus ilustres acciones. Celebrábase de nuevo en Upsal de nueve en nueve años una fiesta tan solemne, que todos sin ninguna excepcion estaban obligados á enviar sus ofrendas, de suer-

(1) *Ibid.* cap. 16.

te que los cristianos se veían reducidos á redimir á un precio muy subido esta supersticion. Se sacrificaban nueve machos de todo género de animales, y se colgaban en un bosque que habia cerca del templo, cuyos árboles se tenían por sagrados. Adan, canónigo de Bremen, de quien es esta descripcion, y cuya ingenuidad lleva consigo el carácter de la verdad, añade, refiriéndose á un testigo ocular, que se habian visto sesenta cuerpos de hombres colgados con los de las bestias.

Los obispos Egenon y Adalmarco se resolvieron á arrostrar todos los peligros para hacer demoler ó quemar el templo, que era como el arsenal de aquella atroz idolatría; pero el Rey Estenquilo, no menos prudente que piadoso, moderó su ardor, poniéndoles á la vista que lejos de promover por aquel medio los progresos de la verdadera Religion, la arruinarían de todo punto; que á ellos les quitarían la vida, sin darles ni aun el consuelo de oírlos; que le perseguirían á él mismo como cómplice de los malhechores públicos; y que como los cristianos recién convertidos estaban todavía débiles en la fe, volverían á abrazar el paganismo, segun acababan de ejecutarlo los esclavones. Estas consideraciones contuvieron á los dos obispos, que egerciendo con mas puntualidad su celo, recorrieron todas las ciudades de la Gothia, donde arruinaron otros muchos ídolos y convirtieron millares de idólatras.

45. El estado del cristianismo en Noruega era con corta diferencia el mismo que en Suecia; pero aun-

que el Rey Haroldo era cristiano y hermano de un mártir, estaba muy distante de tener tan buenas disposiciones como Estenquilo. Conservaba todavía mucha inclinacion, del mismo modo que sus vasallos feroces, á los sortilegios ó maleficios, cuyo horror habia costado la vida al Rey Olaf. En vez de infundirle terror los milagros obrados en el sepulcro de este ilustre mártir, predecesor y hermano suyo, robaba sus ofrendas, y las distribuía entre los soldados. Quitó la vida á muchos cristianos con crueles suplicios, y destruyó algunas iglesias. Las advertencias que le dirigió el arzobispo de Bremen, solo sirvieron para encolerizarle mas y mas, por lo que dió parte este prelado al Papa Alejandro II, quien escribió al Príncipe en estos términos (1): „Hallándoos todavía poco instruido en la fe y en la santa disciplina, á Nos, que tenemos el cuidado de toda la Iglesia, toca ilustraros con frecuentes instrucciones; pero no permitiéndonos la larga distancia egercutarlo personalmente, hemos dado esta comision al arzobispo de Bremen nuestro legado. Estad seguro de que oyendo su voz, y poniendo en práctica lo que él os dijere, obedecéis á la santa Sede.” Vemos por esta carta que habia mas ignorancia que impiedad en la conducta del Rey Haroldo, y en la de la mayor parte de aquellos bárbaros que apenas habian recibido la luz del Evangelio.

46. Las primeras naciones que se convirtieron, y que por lo mismo estaban mas firmes en la fe, no

(1) *Epist. 2. tom. 9. Concilior.*

tenian menos necesidad de los ausilios del cielo contra la codicia y todas las pasiones humanas. Estendia en secreto la simonía eficazmente reprimida, su pernicioso influjo hasta en el centro del imperio cristiano; y este mónstruo, enemigo de toda piedad, solia dar lugar á los escándalos mas enormes (1). El obispo de Florencia Pedro, hijo de Theuzon Mezzabarba, hombre distinguido y de un trato muy franco y sencillo, se habia hecho sospechoso á su pueblo en esta materia odiosa. Habiendo ido este caballero á ver al obispo su hijo, le hablaron así algunos florentinos astutos: „Señor Theuzon, una silla como la de Florencia os habrá costado muy cara.” Theuzon respondió con su acostumbrada franqueza y marcialidad: „por el cuerpo de San Ciro, que no es posible conseguir del Rey ni un molino sin dar mucho dinero. Vuestro obispo me ha costado dos mil pesos como un ochavo.” San Ciro era el primer obispo de Pavia, y le veneraban mucho en todo aquel pais.

En vista de una declaracion tan poco equívoca, se hacia muy vehemente la sospecha; pero la prueba no era todavía completa. El obispo negó el hecho, y no le faltaron defensores. Los que tenian algun celo por la disciplina, y en especial los monges empezaron inmediatamente á tratar al obispo de simoníaco, de sacrílego y de herege, y deduciendo las consecuencias prácticas con el mismo rigor, publicaron que no se podian recibir los sacramentos de su mano, ni de la de los sacerdotes que él habia ordenado.

(1) *Ital. sacr. tom. 3. pag. 93.* (1)

Hallándose en Florencia Pedro Damiano, intentó, aunque inútilmente, aquietar los ánimos, pretendiendo persuadir que nadie debia separarse del obispo, supuesto que ni estaba condenado, ni jurídicamente convicto; que la simonía era en efecto una heregia, ó seria un verdadero herege el que quisiese justificarla; pero que perteneciendo á la Iglesia toda la plenitud de la gracia, los malos que estaban en su seno podian conferirla por medio de los sacramentos (1). No dieron oídos á este sabio cardenal, y llegó la division al último extremo. Querian mas los fieles morir sin sacramentos, que recibirlos de ministros reputados por simoníacos; y en poco tiempo murieron mas de mil personas sin un auxilio tan necesario. El horror con que se miraba á los obispos sospechosos, se estendió á las iglesias consagradas por ellos, en las cuales nadie queria entrar, y se temia manifestarlas alguna señal de veneracion al pasar por delante de sus puertas.

47. Entre todos los italianos que sobresalian en la vida monástica, ninguno lograba con mas justicia una veneracion igual á la que obtenia el santo abad Juan, fundador de la congregacion de Valumbrosa, hijo de un noble florentino llamado Gualberto, cuyo nombre conservó. Siguió al principio la profesion de las armas, á egemplo de sus padres (2). Habiendo sido muerto un pariente suyo, el homicida huía cuidadosamente del encuentro de todas las personas de la familia, quienes, segun las leyes bárbaras, tenian derecho para

(1) *Petr. Dam. Opusc. 30.* (2) *Vit. sæc. VI. Bened. part. 2*

vengar la muerte. Encontró sin embargo á Juan Gualberto en un camino estrecho, donde era imposible escapar. Viéndole el reo acompañado de dos escuderos, juzgó perdida su vida, y se postró en tierra con los brazos puestos en cruz, aguardando el golpe mortal. Impelido Juan de un movimiento súbito de la gracia, le dijo que se levantara, que en lo sucesivo no tuviese ningun temor. Fiel á esta primera inspiracion del cielo, entró Gualberto en la iglesia del monasterio de San Miniato, donde formó al punto la resolucion de huir de los peligros del siglo, y entregarse todo á Dios. Puso por obra sin perder un momento su designio en el mismo monasterio, á pesar de la horrorosa pintura que le hizo el abad de los rigores de la vida monástica, y de los esfuerzos hechos por su padre para disuadirle de su idea. El deseo de mayor soledad y de una vida mas perfecta, le impulsó á pasar con otro monge á un valle profundo del Apenino, tan sombrío á causa de los muchos árboles que hay en los montes vecinos, que se le dió por esto el nombre de Valumbrosa. Se fijó en un retiro tan conforme á su espíritu de recogimiento; pero tuvo en poco tiempo tan gran número de discípulos, que se vió precisado á establecer varios monasterios, siendo considerado el de Valumbrosa como la metrópoli de todos ellos.

Juan Gualberto, en quien recayó la eleccion de superior general á pesar de la mas viva resistencia, eligió la regla de San Benito, cuidando de que se observase con mucha exactitud en todos sus puntos,

y principalmente en cuanto á la clausura, á la que estaba tan adicto que pasando por aquellas cercanías el Papa Estévan IX, y convidándole á que fuese á verle, mostró el santo solitario una repugnancia que parece mereció la aprobacion del cielo, porque al disponerse para obedecer despues de haber pedido al Señor no permitiese que se escandalizasen los monges al verle salir, sobrevino una tempestad tan extraordinaria, que los enviados del Papa dijeron al abad que se quedase en el monasterio y regresaron solos. El Pontífice al verlos exclamó: „No, ya no quiero que venga: él es un santo: pida á Dios por mí y por la Iglesia.”

No agradaban menos al santo abad la modestia y sencillez en todo lo concerniente al modo de vivir. Vestian él y sus religiosos una tela parda y grosera, á la que destinaban la lana negra y blanca de sus ganados, mezclada una con otra. Visitando el monasterio de Musetano, uno de los de su obediencia, juzgó que sus edificios eran demasiado vastos y suntuosos. Dijo sin embargo con mucha moderacion y dulzura á Rodolfo que era el abad: „Sois magnífico, pues habeis edificado palacios.” Y volviéndose despues hácia un arroyuelo que se derrumbaba del monte vecino: „Dios omnipotente, dijo, vengad á vuestros miembros indigentes de una suntuosidad que les es perjudicial.” Apenas se habian retirado, cuando creciendo el arroyo y lanzándose con ímpetu desde lo alto del monte, arrastró consigo tal multitud de peñas y de árboles que arruinaron del todo el monas-

terio, y el abad lleno de temor quiso edificarle en otra parte; pero el Santo afirmó que no tenía ya nada que recelar. En efecto, las aguas respetaron constantemente la sencillez religiosa que se subrogó en lugar de una magnificencia profana. Casi del mismo modo castigó á otro monasterio por haber recibido todas las riquezas de un hombre que, abrazando en él la vida monástica, privaba á sus herederos naturales del derecho que tenían á aquellos bienes. Cuéntanse otros muchos milagros que obró San Juan Gualberto á fin de inspirar á sus discípulos el desprecio con que miraba él las cosas terrenas, y le imitaron en esto tan perfectamente, que gozando de la estimacion universal y de la benevolencia de las personas mas poderosas, se vieron muchas veces destituidos del alimento necesario, sin que los obligase el rigor del hambre á faltar á la santidad de su regla. Un dia entre otros, en que el santo abad no tenía mas que tres panes para su numerosa comunidad, mandó matar un carnero para distribuirle entre los monges, y evitar que muriesen de debilidad; pero ellos no quisieron probar la carne, y se contentaron con algunos bocados de pan. Bendijo la Providencia esta regularidad heroica; pues al dia siguiente les llevaron una multitud de acémilas cargadas de abundantes provisiones para su uso.

48. Observamos como el primer ejemplo de los hermanos conversos ó legos, que el santo abad de Valumbrosa recibia sugetos distintos por su estado de los monges de coro, los cuales por el mismo hecho

eran ya casi todos sacerdotes, ó estaban próximos á serlo (1). Tenia tanto respeto á las órdenes sagradas, que excluía de ellas á todos los que antes de su conversion habian sido concubinarios, simoníacos, ó se habian contaminado con algun otro vicio infame.

No temió Gualberto con unas virtudes tan puras y tan eminentes pronunciarse por el honor de la Iglesia contra el obispo de Florencia que infundia muchos recelos, y que confirmó muy en breve con sus excesos y violencias las sospechas que habian concebido de su intrusion. El intruso envió de noche una partida de gente de á pie y de á caballo para abrasar el monasterio de San Salvio que dependia del de Valumbrosa, y matar todos los monges, entre quienes suponian estar Gualberto; pero habia salido de allí el dia anterior. Esta espedicion sanguinaria, en que realmente pasaron á cuchillo á muchos religiosos, despertó en el mas alto grado el desprecio y la indignacion pública contra Pedro de Florencia. Denunciáronle poco despues jurídicamente en un concilio celebrado en Roma el año 1063 (2). Al momento propusieron los monges la prueba del fuego para persuadir al obispo Pedro; pero ni el Papa quiso permitirle, ni deponer á Pedro por meras presunciones.

49. Es digno por otra parte de notarse este concilio romano, á causa del cánón cuarto que se considera como la primera aprobacion formal del instituto de los canónigos reglares. Está concebido en

(1) *Mabill. præf. 2. in sæc. VI. Bened.* (2) *Tom. 9. Concilior. pag. 1175. -- Vit. S. Jo. Gualb. cap. 62.*